PALABRAS DE JUAN DE LA PLATA, EN LA ENTREGA DE LOS PREMIOS NACIONALES Y DE LA "COPA JEREZ", EN "LOS APÓSTOLES", LA NOCHE DEL 31 DE OCTUBRE DEL AÑO 2003.

Los Premios Nacionales que esta noche vamos a entregar, cumplen ahora 39 años. Y los creó la Cátedra, para distinguir y galardonar con ellos a quienes más y mejor laborasen por el verdadero y genuino arte flamenco de nuestra tierra andaluza; con objeto de estimular a los mejores artistas, a los investigadores, entidades y peñas; críticos y medios de difusión; a los discos grabados con pureza y calidad y aquellos libros escritos con amor y conocimiento por nuestros cantes y bailes.

El primer año solo se entregaron dos de estos galardones. Fue en 1964, en la recoleta plaza de los Cordobeses, en medio de un Solemne Recital de Cante y Baile, en el que participaron los maestros que ya nos dejaron, Antonio Mairena, Juan Talega, Tomás Torre, Tio Parrilla, Terremoto de Jerez, Manolo Cano y la gran bailaora Tatiana, entre otros artistas.

Entregamos el premio al mejor trabajo de investigación, al libro "Mundo y Formas del Cante Flamenco", editado por la "Revista de Occidente" y escrito en colaboración, por el poeta y flamencólogo cordobés Ricardo Molina y el cantaor Antonio Mairena; y el premio al mejor disco, a "Evocación de la guitarra de Ramón Montoya", grabado por el maestro granadino de la guitarra, el inolvidable Manuel Cano.

Tanto Ricardo Molina, como Manolo Cano, serían luego miembros activos de la Cátedra jerezana y, el maestro de los Alcores, Antonio Mairena, su primer Director Honorario. Cargo que, a su muerte, recayó de por vida, en otro gran maestro del cante, el querido y admirado Antonio Fernández "Fosforito" que esta noche está con nosotros, honrándonos con su presencia; como nos honran con la suya, la Excma. Sra. Alcaldesa de Jerez y la Excma., Sra. Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía.

Estos galardones, los primeros que se concedían en el mundo del flamenco, se volvieron a entregar en 1965; ampliándolos a otros apartados, para estimular la mejor labor en cante, en baile, en la guitarra, la crítica en prensa y los programas de radio; incluso la poesía flamenca. Hasta ocho. Otros años serían más. Creando en 1968 el Premio de Honor a la Maestría, que recayó en el maestro de los cantes de Levante, don Antonio Piñana. Así, todos los años, hasta 1987 en que, por fuerza mayor, ajena a la voluntad de la Cátedra, los Premios Nacionales tuvieron que suspenderse.

Pero gracias al patrocinio de González Byass y su marca emblemática, el fino "Tio Pepe", estos Premios Nacionales de Flamenco, pudieron renacer, y volver a entregarse, esta vez bianualmente, a partir del año 1997,

y lo que antes se materializaba en un catavino de plata y un diploma, ahora pasaba a tener trofeo propio, confeccionado en bronce por la escultora jerezana, Nuria Guerra, recibiendo el nombre de "Concha Flamenca" por dos razones muy poderosas, porque la primera vez que se entregaron estos singulares trofeos se hizo en la Real Bodega de la Concha de esta gran empresa vinatera, González Byass, y porque la mujer que sirvió de modelo para el original de dicho trofeo, fue una bella y, para mi, muy querida gitana, también llamada Concha.

Esta es la historia, a grandes rasgos, de estos Premios Nacionales de Flamenco de la Cátedra de Flamencología que esta noche alcanzan su vigésimo segunda edición; que son los únicos que se entregan en Andalucía y en España, a título honorífico, sin dotación económica alguna, sin previo concurso y con los que, únicamente, se trata de reconocer una labor artística y profesional bien hecha y de muchos años. Un reconocimiento altruista a los méritos de hombres y mujeres del flamenco que han sabido recoger y transmitirnos, con su arte y su oficio de grandes intérpretes y ejecutantes, el testigo del viejo legado artístico de nuestros mayores; para que el cante y el baile de esta tierra no se pierdan y puedan conservarse y seguir practicándose por las nuevas generaciones, que no se dejan engañar por los fáciles cantos de sirena de las multinacionales del disco; dando un rotundo mentís a quienes dicen que las letras del cante de ayer ya no pueden decir lo que un artista del cante pueda sentir hoy; como si los grandes temas del amor, de la soledad, la pena y la muerte, no fueran temas eternos, de ayer, de hoy y de siempre, y a todos nos hagan sentir y emocionar, como se emocionaron y sintieron nuestros padres y nuestros abuelos, en aquellos cafés cantantes de finales del XIX, que se llamaron, en Sevilla, del Burrero y de Silverio; El Chinitas, en Málaga; o el Café del Conde y La Primera de Jerez, en nuestra ciudad.

Estos premios, digo que son un reconocimiento a una labor de años, a un trabajo bien hecho; y así lo supieron ver y admitir, galardonados por la Cátedra, artistas tan célebres, en el cante, como el maestro Aurelio de Cádiz, Fernanda y Bernarda, Menese, Camarón, Lebrijano, El Beni, Naranjito, La Paquera, Agujeta, José Mercé y tantos otros grandes artistas del cante; o en el baile, desde Rosa Durán y el gran Antonio, a Matilde Coral, pasando por Manuela Vargas, Trini España, Merche Esmeralda, Faico, Manuela Carrasco, El Farruco, Pepa Montes, Mario Maya, El Güito, etc. Y en la guitarra, desde Melchor de Marchena y su hijo Enrique de Melchor, hasta nuestro joven Moraito, pasando por los también jerezanos Parrilla de Jerez y Paco Cepero, hasta los hermanos Juan y Pepe Carmona, el malogrado y siempre recordado Pedro Bacán, Manolo Domínguez y José Luis Postigo, Mario escudero, Vicente Amigo y aquellas promesas de "monstruos" de la guitarra que eran, todavía, en 1970, Paco de Lucía, y en 1972, Manolo Sanlúcar, a los que la Cátedra supo estimular con su premio,

cuando apenas empezaban y ya eran reconocidos por los aficionados como dos futuros grandes maestros de la guitarra.

Y por no mencionar nada más que a los artistas que esta Cátedra premió, distinguió y quiso honrar con sus galardones, terminemos nombrando a aquellos que recibieron el premio de honor a la Maestría, tanto en cante, baile o toque; como fueron, aparte el maestro Piñana, ya citado, la venerable matrona de los viejos cantes de la escuela jerezana, Tía Anica la Piriñaca, el guitarrista Diego del Gastor, o Pericón de Cádiz, Agujeta el Viejo, Pilar López, Antonio el bailarín, Mairena, Juan Varea, Enrique Orozco, Eduardo el de la Malena, el maestro Fosforito, el genial Antonio Gades y nuestro Chocolate – para el que una vez más pedimos aquí, y ahora, esta noche, la Llave de Oro del Cante, como reconocimiento supremo y definitivo a toda una vida, de casi tres cuartos de siglo, entregada al verdadero y genuino cante jondo, sin trampa ni cartón; lo que supondría para el Arte Flamenco de nuestra tierra el mayor de los honores y un legítimo orgullo para él y para todos los que aún, pese a quien pese, seguimos amando la pureza y la ortodoxia del cante más emblemático de Andalucía, madre y señora del único arte flamenco posible.

Muchas gracias.